

# CARTA A LOS SACERDOTES EN EL JUEVES SANTO

**«Consolad,  
consolad a mi pueblo»  
(Is. 40, 1)**

✠ Francisco Cerro Chaves  
Arzobispo de Toledo  
Primado de España

Toledo, 2020





**CARTA A LOS SACERDOTES EN EL  
JUEVES SANTO**

***«Consolad,  
consolad a mi pueblo»  
(Is. 40, 1)***

✠ FRANCISCO CERRO CHAVES  
Arzobispo de Toledo  
Primado de España

PORTADA: Última Cena. Retablo de la S. I. Catedral Primada.

EDITA: Azobispado de Toledo.

DISEÑO: Delegación Diocesana de Medios de Comunicación Social.

Toledo, Jueves Santo del año 2020.

Queridos sacerdotes:

«Consolad, consolad a mi pueblo», nos recuerda el profeta (Is. 40, 1). Es también la lectura de Isaías que se lee en la Misa Crismal: «Consolad a los que lloran» (Jr. 16, 7). Son también las palabras del Señor al comienzo de su vida pública, que yo también hago mías en el comienzo de mi ministerio entre vosotros: “El Espíritu del Señor, Yavé, está sobre mí, pues Yavé me ha ungido, me ha enviado para predicar la buena nueva a los abatidos y sanar a los de quebrantado corazón, para anunciar la libertad de los cautivos y la liberación de los encarcelados... para consolar a todos los tristes” (Is 61, 12). Precisamente cuando comenzaba a realizar mi primer objetivo entre vosotros y con vosotros de escuchar a todos los sacerdotes de la querida archidiócesis de Toledo, nos encontramos con la pandemia del coronavirus que ha paralizado muchas de las actividades que pensaba realizar con los sacerdotes de las cuatro vicarías. Las hemos aplazado para cuando puedan realizarse. Son los designios inescrutables del Señor. Son los designios del Señor.

Quiero comenzar agradeciendo al Señor el don del sacerdocio y a cada uno de los sacerdotes que, como pastores, entregan la vida, y lo hacen de una manera tan admirable. Necesitamos sacerdotes santos que sean expresión del amor del Corazón de Jesús, el Buen Pastor. Traigo a mi memoria a todos los sacerdotes ancianos, mayores, enfermos, que viven unidos a Cristo y ofreciendo su vida por el pueblo de Dios, que se siente consolado con el testimonio de sus vidas.

Tantos sacerdotes en edad madura que llevan el peso de una pastoral, que está viva por vuestra generosidad, y que se encuentran con las dificultades de vivir en una sociedad donde Dios se sustituye por

## ARZOBISPO DE TOLEDO

tantas cosas “descafeinadas” que no llenan el corazón humano. Cuando no vivimos en el encanto de la vida con Dios, vivimos en el desencanto de la vida.

También me conmueve y rezo por los sacerdotes más jóvenes, con tareas pastorales complicadas y nada fáciles, a veces desbordados en su misión sacerdotal.

Aquellas tres “d”, que decían los directores espirituales y que son los grandes peligros de la vida espiritual sacerdotal, la “d” del desánimo, la “d” de la desconfianza y la “d” del desaliento ante las dificultades. Añadiría hoy más que nunca la “d” de la dispersión por las múltiples tareas pastorales.

No hay que “tirar la toalla”, pero todos debemos dejarnos acompañar por el Señor, su Iglesia y la fraternidad sacerdotal sacramental, que nos ayuda a vivir “con los sentimientos del Corazón de Cristo”.

¿Qué he visto en este corto tiempo con vosotros? Agradezco a D. Braulio y a los demás arzobispos de Toledo que han cuidado en el Seminario con tanta dedicación a un clero bien formado, con una gran fidelidad al Magisterio de la Iglesia, con gran capacidad de sacrificio para servir y consolar al pueblo de Dios y de responder a los retos del mundo que nos toca vivir. Decía san Agustín que no existen tiempos buenos y tiempos malos, existen los tiempos que nos toca vivir a cada uno, que son los nuestros y es, desde esta realidad, donde nos tenemos que santificar.

Queridos hermanos sacerdotes, también soy consciente que vamos a vivir una Semana Santa totalmente diferente a lo que hemos vivido hasta ahora, sin la presencia física de los fieles en nuestros templos. Por eso en el comienzo de mi ministerio episcopal como Arzobispo vuestro, en este primer Jueves Santo que estoy con vosotros, quiero destacar tres claves que considero esenciales tanto para los sacerdotes, como para los que se preparan para ser pastores según su Corazón:

1. La centralidad de la Eucaristía.
2. Una gran vitalidad pastoral.
3. El cansancio en el momento que nos toca vivir.

### 1. Centralidad de la Eucaristía

La Eucaristía es verdadero consuelo de Dios para nosotros sacerdotes, y para todo el Pueblo de Dios. Estos días de aislamiento por la pandemia, continuamente estamos escuchando a tantos cristianos, que no pueden participar físicamente en las celebraciones, que lo desean ardientemente. Esperemos que ya pronto podamos reunirnos de nuevo en nuestras celebraciones, y todos experimentemos que se cumplen las palabras del profeta Jeremías: “El que dispersó a Israel le reunirá y le guardará como un pastor su rebaño... Entonces se alegrará la doncella en la danza, los mozos y los viejos juntos, y cambiaré su duelo en regocijo, y les consolaré y alegraré de su tristeza; empaparé el alma de los sacerdotes de grasa, y mi pueblo se saciará de mis bienes” (Jr 31,10b-14).

Queridos sacerdotes “empapémonos el alma” en este Jueves Santo a través de la liturgia de la Iglesia, que como latido vivo, nos ayuda a meditar los cuatro regalos del Corazón de Cristo: la Eucaristía, unida inseparablemente al Sacerdocio y el mandamiento nuevo del amor «como yo os he amado», que se expresa en la diaconía de Jesús poniéndose de rodillas a los pies de la humanidad, que necesita el consuelo del amor de Dios y la fuerza de la esperanza. Son cuatro los regalos de la locura de su amor: la Eucaristía, el sacerdocio, el Amor fraterno y el lavatorio de los pies, que es el texto del capítulo 13 de san Juan que leeremos en la Misa de la Coena Domini.

El sacerdote debe vivir diariamente de la Eucaristía, porque ella «es centro y cumbre de la vida de la Iglesia; es la principal y central razón de ser del sacramento del sacerdocio, nacido efectivamente en el momento de la institución de la Eucaristía», así nos lo recuerda el Papa san Juan Pablo II, en la Carta Encíclica *Ecclesia de Eucharistia* (n. 31). En este mismo sentido, Pastores dabo vobis manifiesta que el seminarista debe participar diariamente en la Eucaristía (n. 22), para que, cuando sea ordenado sacerdote, celebre diariamente el Misterio de la fe.

Con las actitudes de esa hermosa oración que se encuentra en muchas sacristías como recordatorio: “Sacerdote que celebres cada Misa

## ARZOBISPO DE TOLEDO

como si fuera la primera, la última y la única”. Siempre me impresiona lo que decía el P. Nieto: “Un día sin Eucaristía es un día perdido en tu vida”. La Eucaristía celebrada, comulgada y adorada, nos tiene que llevar a vivir sacerdotalmente con corazón del Buen Pastor. Como nos recuerda un himno de la solemnidad del Corpus Christi, “Jesús es pastor y pasto a la vez: oveja perdida ven sobre mis hombros, que hoy no sólo tu pastor soy, sino tu pasto también (poesía de Luis de Góngora que rezamos como himno de la liturgia de las horas del día del Corpus Christi). También el sacerdote debe ser pastor y pasto, para que vivamos dando la vida por Amor.

Comulgar en la celebración el Cuerpo y la Sangre de Cristo exige cada vez más en nuestra vida la coherencia. Recurrir al sacramento de la penitencia, de la reconciliación. Los sacerdotes somos los primeros que comenzamos diciendo, en el inicio de la Misa, en el acto penitencial, con verdad, que “hemos pecado mucho de pensamiento, palabra, obra y omisión”. Cuando no nos confesamos frecuentemente tenemos el peligro de no cuidar la caridad pastoral, ni ser finos en el trato con el Señor y con los hermanos. En el fondo, no confesarse con frecuencia es renunciar en la práctica a la santidad sacerdotal.

La Eucaristía adorada nos lleva como sacerdotes a la necesidad de saber que tenemos que contemplar al Señor, pues necesitamos ser «adoradores en espíritu y en verdad» (Jn 4, 23). Es la adoración al Señor la que nos hace vivir libres del pecado, del éxito, del egoísmo, del poder, de todo aquello que no nos deja volar en la santidad sacerdotal, como nos recordaba san Juan de la Cruz: “Un ave no puede volar, lo mismo si está atada a una cadena de oro, como si está atada a un tenue hilo”. Todo lo que nos ata no nos deja ser libres. Decía san Francisco de Asís que solo los que adoran al Señor son libres. Cuidad mucho, como nos recuerda nuestro plan pastoral, la adoración a la Eucaristía, las horas santas, la oración delante del Santísimo. Lo mejor que podemos hacer para consolar a nuestro pueblo, a nuestras parroquias, es que se enamoren del Sagrario. Si nuestras iglesias están abiertas y se ofrece la exposición al Santísimo, acertamos siempre. Como un Dios cercano cuya delicia es vivir con los hijos de los hombres, se encontrarán en

la paz del Señor. No os canséis nunca de ofrecer al pueblo de Dios la Eucaristía celebrada, comulgada y adorada.

### **2. Una gran vitalidad pastoral**

Recuerdo algo que dijo el Papa Benedicto XVI en un encuentro con sacerdotes de la diócesis de Roma: “He releído hace poco tiempo lo que san Agustín dice en el libro X de las Confesiones: he sido tentado, y ahora comprendo que era una tentación encerrarme en la vida contemplativa, buscar la soledad contigo, Señor; pero tú me lo has impedido, me has sacado y me has hecho oír las palabras de san Pablo: «Cristo murió por todos. Así nosotros debemos morir con Cristo y vivir para todos»; he comprendido que no puedo encerrarme en la contemplación; tú has muerto por todos, por tanto, debo vivir contigo para todos, y así vivir las obras de caridad. La verdadera contemplación se demuestra en las obras de caridad. Por consiguiente, el signo de que verdaderamente hemos rezado, de que nos hemos encontrado con Cristo, es que somos «para los demás». Así debe ser un párroco. Y san Agustín era un gran párroco. Dice: en mi vida quería vivir siempre a la escucha de la Palabra, en meditación, pero ahora —día a día, hora a hora— debo estar a la puerta, donde suena siempre la campanilla: debo consolar a los afligidos, ayudar a los pobres, reprender a los que disputan, crear paz, etc. San Agustín hace una lista de todo el trabajo de un párroco, porque en aquel tiempo el obispo era también lo que ahora es el cadí en los países islámicos. Podemos decir que para los problemas de derecho civil era el juez de paz: debía favorecer la paz entre los que disputaban. Por tanto, vivió una existencia que para él, hombre contemplativo, fue muy difícil. Pero comprendió esta verdad: así estoy con Cristo; siendo «para los demás», estoy en el Señor crucificado y resucitado. Me parece que este es un gran consuelo para los párrocos y los obispos. Si queda poco tiempo para la contemplación, siendo «para los demás», estamos con el Señor”.

Los sacerdotes, unidos a Cristo, entregan su vida para «que tengan vida en abundancia» (Jn 10, 10). Unidos a la vida consagrada, a las fa-

## ARZOBISPO DE TOLEDO

milias y a los laicos, se ve que ha florecido una gran vitalidad, donde se trasmite la fe, se cuenta con todos, pues nadie sobra en esta Iglesia de la que el Vaticano II habla de coresponsabilidad y que, en palabras del Papa Francisco, es como un “hospital de campaña”, como dijo en el discurso a los participantes en el Encuentro organizado por el Consejo Pontificio para la Promoción de la Nueva Evangelización (19 de septiembre de 2014), que acoge a los “heridos de la vida” y les consuela con este Corazón que dijo: «Venid a mí todos los que estáis cansados y agobiados y yo os aliviaré y aprended de mí que soy manso y humilde corazón y encontraréis vuestro descanso» (Mt 11, 28).

También en las parroquias, en las comunidades, en las familias, en la vida cotidiana, se trasmite una esperanza a nuestra gente, aunque a veces pueden contagiarnos su cansancio, sus dificultades, donde casi no se deja espacio para el Dios de la vida.

Aun llevando poco tiempo con vosotros, y con la dificultad de aislamiento, ya constatado, la vivencia de la caridad pastoral al servicio de los pobres, a través de Cáritas (no debería existir ninguna parroquia sin Caritas), de Manos Unidas y de tantos carismas que, en la Iglesia sobre todo, a través de las parroquias, viven lo que nos recuerda el texto del Evangelio de san Lucas, que se proclama en la Misa Crismal: «Me ha enviado a evangelizar a los pobres, a proclamar a los cautivos la libertad y a los ciegos, la vista; a poner en libertad a los oprimidos; a proclamar el año de gracia del Señor» (Lc 4, 18-20).

### **3. El Cansancio en el momento que nos toca vivir**

Evangelizar hoy, cuando existe un cierto cansancio en el momento en que nos toca vivir. En nuestro querido Seminario -al que siempre hay que apoyar y trabajar por él, para que existan muchas y santas vocaciones...- siempre se nos recordaba: “Rezad por la perseverancia de los sacerdotes”. ¿Dónde están las dificultades? ¿En los que empiezan, en los que llevan años, en los que se acercan al final de la vida, para ser examinados en el amor? Es verdad que, en todas las etapas de la vida sacerdotal, se acumula un cansancio. Los padres del desierto lo

llamaban acedia. El Papa Francisco lo ha recordado muchas veces en sus múltiples encuentros con los sacerdotes, en los que siempre le guía el afecto y su corazón paternal: “Cuando estamos en esta relación con Dios y con su Pueblo, y la gracia pasa a través de nosotros, somos sacerdotes, mediadores entre Dios y los hombres. Lo que quiero señalar es que siempre tenemos que reavivar la gracia recibida por la imposición de manos” (Homilía en la Misa de Jueves Santo, 28 de marzo de 2013).

En mi trato personal con los sacerdotes, que siempre ha sido muy abundante, como sacerdote y hoy como obispo, he constatado estas dificultades en la vida sacerdotal que nos exigen respuestas claras para vivir la vida sacerdotal tendiendo siempre a la santidad:

### ***a. Cuando dejamos de orar perdemos el norte en nuestra vida sacerdotal.***

Cuando hablo y escucho a sacerdotes que están pasando momentos difíciles o de crisis, siempre les hago esta pregunta: ¿Cuánto tiempo hace que dejaste la oración diaria, la liturgia de las horas, la Eucaristía? Cuando se abandona uno a una actividad frenética y estéril, comienza el declive. Ya decían san Juan de la Cruz y san Juan de Ávila que más le valdría a los predicadores dedicar más tiempo a estar con el Señor que a una actividad quemante y su predicación y su vida serían mucho más fecundas. Cuando a veces nos dicen nuestros feligreses: “¡Cuánto bien me hace lo que usted me dice, sus homilías, su predicación, porque se ve que usted se lo cree y lo vive, porque lo ha saboreado!” Un ministerio sacerdotal, que es desde donde debe brotar nuestra espiritualidad, tiene los días contados como no se interiorice con una profunda vida de oración; si no, nos convertimos en “funcionarios del espíritu” y se nota mucho cuando uno lo que dice lo vive, o cuando lo que dice lo sabe, pero no lo ha saboreado con su trato cotidiano y permanente con el Señor.

A todos los sacerdotes que tienen una profunda vida de oración, siempre los he visto felices y atravesar todas las dificultades. Los que no dedican tiempo a interiorizar en su ministerio sacerdotal, a la vida

## ARZOBISPO DE TOLEDO

orante, van de crisis en crisis, y se acaba cronificando una vida sacerdotal siempre a la baja, una vida de cierta mediocridad.

### ***b. Cuando dejamos el contacto habitual con la fraternidad sacerdotal sacramental.***

El no asistir a los encuentros sacerdotales con el obispo, de la diócesis, con la excusa de que hay muchas reuniones y encuentros, es entrar en una situación de “alto riesgo”. Me preocupan mucho los sacerdotes que ante la convoca de la vicaría o el arceprestazgo no acuden a nada, y muchas veces acaban viviendo a su aire y sin referencia a su familia sacerdotal. Podemos tener sensibilidades distintas pero nunca ideologías, que casi siempre nos separan del hermano. La sensibilidad es que una misma fe, vivida sacerdotalmente, con acentos distintos, nos enriquece, en una pluralidad sana que existe y que la Iglesia valora y potencia como riqueza. Las ideologías a veces sustituyen a la misma fe y cuestionan al Papa, al Magisterio de la Iglesia, al obispo, pensando que todos menos ellos están equivocados. Pero no saben que cuando prevalece un pensamiento ideológico, sea de la línea que sea, ni se escucha lo que dice el Señor ni a la Iglesia, nos separa de nuestros hermanos y nos amparamos en un grupo de selectos. Necesitamos a los hermanos sacerdotes; cuidemos la fraternidad sacerdotal, cuidemos las convocatorias, convivencias, retiros, ejercicios espirituales, reuniones, formación. Seamos un buen testimonio para nuestras parroquias y feligreses, que se dan cuenta cuando vivimos o no vivimos de corazón nuestra comunión con toda la Iglesia, con el Papa, los obispos, los sacerdotes, los laicos y toda la diócesis. Cada sacerdote con el Obispo, debe potenciar un trato fraternal y gozoso. Es más importante lo que nos une: Cristo, la Iglesia, el sacramento del Orden, la caridad pastoral, que lo que nos separa.

### ***c. Cuando no realizamos una pastoral con corazón***

Podemos tener el peligro que se nos advirtió en el inicio de la cuaresma, el miércoles de ceniza, de caer en la tentación del tener, del

consumismo, del poder, del éxito, de la rapidez. Algunos piensan que cuantos más medios tengamos, más eficaz será la evangelización y nos encontramos muchas veces que, con “signos pobres”, “el Señor hace maravillas”, como con María, la humilde esclava del Señor: «El Señor derriba del trono a los poderosos y enaltece a los humildes» (Lc 1, 49).

La tentación del poder no tiene nada que ver con una vida de servicio a los demás. La vida nos dice que los que se instalan en el poder, más que servir, se sirven de todo y de todos. Es necesario potenciar una pastoral con corazón, para no quedarnos en el éxito inmediato, en una pastoral de cifras, de números, de dar en la cresta a los otros, porque nos creemos más que los demás y, como el fariseo de la parábola (Lc 18, 11-13), al alejarnos de los hermanos, nos alejamos del Señor.

Seamos humildes, hagamos lo que podamos con paz, como nos recuerda san Ignacio de Loyola en sus Ejercicios Espirituales: «Que no se corrompa el sujeto», es decir, cuidar una pastoral con corazón y que no nos deje quemados y sin fuerzas para toda la vida. En este sentido, me impresionó, leyendo los ejercicios espirituales que dio al Papa san Pablo VI el dominico belga Jacques Loew, que dice que escuchó a muchos compañeros suyos religiosos decir: Tanto trabajo pastoral ha quemado mi alma. También es verdad que puede haber casos en que esta pastoral con corazón no se ponga en práctica, porque tenemos la impresión de que no tenemos nada que hacer. Es lo que piensan aquellos que dicen que a todo llegamos tarde. No sé si será para consolarse, no haciendo nada. Ni el excesivo trabajo pastoral que nos quema nos hace bien, ni el excesivo quejarse porque no tenemos nada que hacer. Como decía el Hermano Rafael: “Toda la ciencia consiste en saber esperar”. Cuando un sacerdote no tiene prisas, pero hace todo lo que puede, es cuando consuela al pueblo de Dios, a la familia, a los catequistas, a las cofradías, a los movimientos, a los laicos, a los enfermos, a los cosidos en su soledad, a los parados, a los emigrantes, a los que no tienen casa ni hogar, a los que no se sienten queridos por nadie, y entonces su ministerio sacerdotal lleva a la práctica lo que dicen los profetas: «Consolad, consolad a mi pueblo». Consolad a los enfermos y estad cercanos a los que viven sin esperanza.

### ***d. Cuando no aterrizamos en una pastoral con entrañas de misericordia***

¿Cómo aterrizar ahora en el ministerio de la consolación?

Todos somos conscientes que estamos viviendo unos momentos difíciles y complicados, en los que especialmente sobresalen el dolor, la soledad, y un gran desconcierto por el presente y el futuro. ¿Y en esta situación como consolar al Pueblo de Dios? Sólo podemos consolar siendo como el Corazón de Jesús, Misericordiosos. Sí, es bello y consolador saber que hay una persona que me quiere y cuida de mí. Pero es mucho más decisivo y consolador que exista ese Dios que me conoce, me quiere y se preocupa por mí, “Yo conozco mis ovejas y ellas me conocen” (Jn 10,14). Para explicar esto encuentro luz al recordar las palabras que nos dirigió el Papa Francisco en el retiro para los sacerdotes en Roma con ocasión del Jubileo del año sacerdotal, el 2 de junio de 2016: “Es verdad que solemos pensar en las obras de misericordia de una en una, y en cuanto ligadas a una obra: hospitales para los enfermos, comedores para los que tienen hambre, hospederías para los que están en situación de calle, escuelas para los que tienen que educarse, el confesionario y la dirección espiritual para el que necesita consejo y perdón... Pero, si las miramos en conjunto, el mensaje es que el objeto de la misericordia es la vida humana misma y en su totalidad. Nuestra vida misma en cuanto «carne» es hambrienta y sedienta, necesitada de vestido, casa y visitas, así como de un entierro digno, cosa que nadie puede darse a sí mismo. Hasta el más rico, al morir, queda hecho una miseria y nadie lleva detrás, en su cortejo, el camión de la mudanza. Nuestra vida misma, en cuanto «espíritu», tiene necesidad de ser educada, corregida y alentada (consolada). Necesitamos que otros nos aconsejen, nos perdonen, nos aguanten y recen por nosotros”.

¿Y en todo esto cómo ser pastores con corazón misericordioso, capaz de consolar? El Papa nos lo explica: “...es el Espíritu el que moviliza y lleva adelante estas obras. Y lo hace utilizando los signos e instrumentos que desea, aunque a veces no sean los más aptos en sí mismos. Es más, se diría que para ejercitar las obras de misericordia el

Espíritu elige más bien los instrumentos más pobres, los más humildes e insignificantes, los más necesitados ellos mismos de ese primer rayo de la misericordia divina. Estos son los que mejor se dejan formar y capacitar para realizar un servicio de verdadera eficacia y calidad. La alegría de sentirse «siervos inútiles», a los que el Señor bendice con la fecundidad de su gracia, y que él mismo en persona sienta a su mesa y les ofrece la Eucaristía, es una confirmación de estar trabajando en sus obras de misericordia”.

La Iglesia, experta en humanidad, como repetía san Pablo VI, está en estos momentos, inserta en una humanidad asolada por la pandemia del coronavirus, por profundas crisis económicas, por una situación de luchas y guerras, olvidando poner a la persona humana en el centro de sus profundas necesidades vitales. Los sacerdotes, somos, por la identificación con Cristo Cabeza, Buen Pastor, llamados en estos momentos a acoger y ser buenos samaritanos en el camino de la vida.

Muchas veces he celebrado la Eucaristía eligiendo el profundo y hermoso prefacio común (número VIII) del buen samaritano que os animo a meditar, también en estos días del Misterio central de nuestra fe.

En verdad es justo darte gracias Padre santo, Dios todopoderoso y eterno, en todos los momentos y circunstancias de la vida, en la salud y en la enfermedad, en el sufrimiento y en el gozo, por tu siervo, Jesús, nuestro Redentor.

Porque él, en su vida terrena, pasó haciendo el bien y curando a los oprimidos por el mal.

También hoy, como buen samaritano, se acerca a todo hombre que sufre en su cuerpo o en su espíritu, y cura sus heridas con el aceite del consuelo y el vino de la esperanza.

Por este don de tu gracia, incluso cuando nos vemos sumergidos en la noche del dolor, vislumbramos la luz pascual en tu Hijo, muerto y resucitado....

Me atrevo a sintetizar en tres palabras, la llamada que hoy a todos los presbíteros nos hace la Iglesia para que viviendo “con los sentimientos del Corazón de Cristo”, realice esta llamada a “curar corazones desgarrados”. Estas palabras son: *acogida*, *escuchar* y *sanar*. Estar cercanos

## ARZOBISPO DE TOLEDO

a los que viven en las intemperies y hoy más que nunca, provocadas por situaciones críticas. Hay que salir a las periferias existenciales, geográficas y, sobre todo, al corazón humano que agoniza de soledad.

### *1. Acogida*

Ser acogedores de todos los dramas personales. La acogida es la sonrisa de la evangelización. Que nadie se vaya de nuestro ministerio con la impresión de que su vida no nos importa. Es necesario realizar una pastoral con corazón que acoja a todos los heridos de la vida. Acoger es siempre empezar bien y continuar mejor.

Aprendamos de Jesús que acogía a todos, a Zaqueo, al joven rico, a la samaritana, a Mateo, a Pedro. En estos momentos y siempre la acogida debe ser nuestro estilo de vida sacerdotal. Sin acogida se cierran las puertas a una profunda evangelización.

### *2. Escuchar*

Me ha parecido de perlas, el poner en vuestras en manos y, en estos momentos, esta iniciativa de “Estoy contigo. Pensando en las personas que, en estos momentos, deben ser escuchadas urgentemente por la situación de enfermedad, de soledad o de duelo. Me consta siempre la generosidad de tantos sacerdotes, que como decía san Juan Pablo II, en Pastores Davo Vobis, “Se dejan “devorar” de un modo heroico para vivir la “caridad pastoral” al servicio de los más pobres. ¡Cuánto agradecimiento a los sacerdotes!

¿Quién más pobre que una persona que no es escuchada? ¿No es acaso la escucha la manera más sencilla de decirle a la persona que nos importa? Siempre recuerdo lo que contaba Ratzinger, después Benedicto XVI, de aquella mendiga que pedía a la puerta de la catedral de Notre Dame de París. Decía que esa mujer que había sido muy hermosa, pero que nadie, desde hacía tiempo, habían visto sus ojos y su sonrisa. Siempre miraba para abajo. Un día, alguien se le ocurrió, en vez de dar unas monedas, le llevó un ramo de rosas.

Aquella mujer, al ver en su cesto unas rosas, levantó la cabeza y se descubrieron unos ojos hermosos y una sonrisa. ¿Quién me ha dicho que me quiere sencillamente? No necesitaba solo unas monedas, sino que alguien con la acogida y un regalo, le decía que su vida importaba. Potenciamos en las parroquias, en las comunidades, en los centros, en nuestro plan pastoral, en la acogida sacerdotal, esta acogida para ser “Buena Noticia para lo que sufren. En esta Archidiócesis de Toledo contamos con actividades como el COF, para escuchar a las familias en las dificultades. Existen centros de escucha “san Camilo”, muchas diócesis, para vivir el duelo.

### 3. *Sanar*

El Señor ha venido a sanar los corazones desgarrados. Hoy y mañana y siempre, nuestro ministerio sacerdotal será estar cercano a todos los que buscan y no encuentran, a los que están de vuelta y a los que nunca han ido, a todos lo que tienen el corazón desgarrado. ¡Cuántas gentes están sufriendo en estos momentos de dolor, los enfermos, los alejados, los hijos, los hermanos, la familia!

La Iglesia necesita sacerdotes, que, con corazón grande, sanen las heridas de la sociedad, que no le interesa vivir el Evangelio de la vida, de la esperanza, de la misericordia. Sí, el mundo y la Iglesia, son hoy como un gran hospital de campaña. Nuestra vida como sacerdotes tiene que estar unido al Corazón de Cristo, Médico y Pastor, por la acogida y la sanación para nuestros hermanos.

Unidos a Cristo Cabeza, Buen Pastor, nuestra vida es preciosa para el Señor y para su pueblo. Superemos los desánimos y ese tono vital bajo que a veces puede llevarnos a la “unidad de quemados intensivos” y que sólo salimos de ellos cuando, contando con la gracia del Señor, vivimos unidos vitalmente a la Trinidad, construimos y vivimos vida de fraternidad sacerdotal y realizamos una pastoral con corazón, como buena noticia para los pobres. Recemos para que nuestra vida esté llena de la misericordia del Señor, del amor de Jesucristo, Sumo y Eterno Sacerdote.

## ARZOBISPO DE TOLEDO

En esta Archidiócesis de Toledo tenemos el testimonio de tantos sacerdotes nuestros en la guerra civil que entregaron su vida hasta derramar la sangre, por amor a todos.

Os encomiendo y rezo por todos los sacerdotes de nuestra Archidiócesis de Toledo. Pido por los misioneros de Lurín, de Moyobamba, donde quiera que estén. En este Jueves Santo, en la Misa Crismal y, uniendo nuestras vidas con esta oración al Padre de las Misericordias y a la Madre Sacerdotal, Nuestra Señora del Cenáculo, para que cuide de todos los sacerdotes como Madre buena.

Padre de inmensa Misericordia, por tu Hijo Jesús, nacido de María Virgen, por obra del Espíritu Santo, te damos gracias por todos los sacerdotes, para que les concedas el gozo, como pastores, de construir la civilización del amor y consuelen a los que sufren, víctimas de la enfermedad, de la guerra. Padre, danos el Corazón de Jesús, para consolar al pueblo que sufre. Amén.

Con mi bendición agradecida a cada sacerdote.

Toledo, 9 de abril, Jueves Santo, 2020.

✠ FRANCISCO CERRO CHAVES  
Arzobispo de Toledo y Primado de España



